

Tomás Salvador



El atentado

El atentado, premio Planeta en 1960, es la obra más sencilla, fuerte y humana de un escritor notoriamente distinguido por su estilo directo y escueto. La novela tiene dos situaciones clave: el hombre que va a morir y los hombres que van a matar. La historia nos está demostrando que el atentado, la acción física violenta contra un personaje, no es cuestión de una política, una moda o una venganza social. Desgraciadamente, el atentado tiene hondas raíces en la historia del hombre. Nada más sencillo, al parecer, ni nada más complicado que un atentado. Es sencillo acechar y matar a un hombre; es complicado el porqué, sus derivaciones y sus consecuencias. Esta simbiosis de lo sencillo y lo complicado es lo que ha elevado en grado sumo el arte de novelar de Tomás Salvador, uno de los mejores novelistas contemporáneos.

El atentado constituirá sin duda un hito en la novela moderna. Su estilo es objetivo, directo. El autor revela desde un principio lo que se propone. Y por ese motivo, el peso recae sobre «cómo» se dice lo que se dice en la novela. Ahí radica el principal mérito de esta singular obra, trozo de la Historia española, parte ya de la mejor literatura de nuestro tiempo.

Introducción

EN LA SALA, de palacio antiguo, el secretario del secretario es dueño ocasional de los tapices, los damascos, los cuadros de firma, y, sobre todo, de los papeles y ceniceros de la mesa. Son suyos, le pertenecen; los puede desordenar, volver a ordenar, dispersar o apilar cuidadosamente. Puede hacerlo, puesto que ya los tiene previamente clasificados y todo lo que debe hacer es levantarlos ligeramente y volverlos a dejar. Son las nueve de la noche. Es tarde. Otoño trae humedad y viento.

Hay encendida una luz. Otra, más lejana, indica el paso al despacho siguiente. Euclides. La línea que pasa por dos puntos llega, indefectiblemente, a un tercero.

El visitante es un hombre, alto, delgado, nervioso. Siempre están nerviosos los visitantes que esperan seguir la línea de las luces. En la penumbra, los tapices, los sillones y consolas isabelinos observan la caducidad del ruido. Un reloj —hay muchos— cronometra el instante. Se le oye bien. En el despacho primero siempre hay silencio.

—No sé..., no sé —dice el secretario.

—¡Vamos, amigo! —insiste el visitante.

El día se disuelve lentamente en la calle. Rechinan los tranvías y su chirrido debe ser fuerte para atravesar los gruesos muros, las pesadas cortinas, el amplio palio del respeto.

—Es muy tarde.

El visitante, asombrado, hace un amplio gesto de asombro.

—¿Para qué es tarde? ¿Para qué es pronto?

—Sí, claro...

El secretario del secretario habrá de levantarse y cruzar la puerta por la línea de las luces. Lo sabe. Lo sabe el visitante. Están jugando. Incluso los visitantes poderosos deben pagar un tributo al protocolo. Su excelencia debe ser defendido. De los visitantes, precisamente. De no serlo, sobraría el secretario, el secretario del secretario y los ordenanzas del vestíbulo. Los ordenanzas del vestíbulo, aburridos hasta el atontamiento, se están preguntando, al otro lado de la puerta, el qué diablos viene a hacer al palacio el Jefe Superior de Policía.

—¿Me anticipa el motivo...? —el secretario deja un amplio margen a la confianza.

—Reservado —el Jefe Superior de Policía se inclina para decirlo. Su aliento hace temblar los papeles.

—Usted, siempre con asuntos reservados —dice el secretario, audazmente.

—Es el oficio. Se lo cambio.

—¡Qué más quisiera yo!

El visitante ríe brevemente. Observa cómo el dueño ocasional del despacho, dueño de los tapices, los sillones isabelinos, la atmósfera palacial, se va alejando lentamente hacia la puerta del santuario. Observa que antes de llegar el secretario se vuelve como si olvidara algo. Cree entender que se le enciende una luz en el cerebro, y como en el cine doblado lee sobre su frente lo que está pensando: el importante don Atilano que quiere ver a su excelencia, reservado, importante, secreto de Estado; son las nueve y este cretino nos va a hacer la Pascua. Flotando, el secretario vuelve sobre sus pasos, se inclina sobre la mesa. Ha olvidado su lapicero de plata. Sin su lapicero de plata el secretario del secretario no sabe hablar a sus superiores. Decididamente. sin mirar al visitante, cruza la puerta y desaparecer.

Lo de todos los días. El Jefe Superior escucha pacientemente el latido metálico del reloj antiguo. Espera. Otros es-

peraron por la mañana en su despacho. Es la vida. Cree percibir un leve cuchicheo al otro lado del mamparo. No es posible. El estilo del caserón no admite indiscreciones. Mudos y refractarios, como el corcho, han sido siempre las paredes y los lacayos. Hasta las portezuelas que discretamente se abrían y se abren para la aventurilla de turno callan y disimulan. Vuelve el otro.

—Don Atilano, ya sabe usted...

—Gracias, Bermúdez —dice el Jefe Superior.

Es pesado este silencio. Vaya ganas de estornudar que le vienen. La puerta, entreabierta, introduce al visitante. El secretario de su excelencia está en pie, aguardando. Tiene los ojos enrojecidos y la piel lechosa, blanda, insípida. Es hombre tímido, obligado a ser hombre malo del hombre bueno. El contraste le obliga a tener siempre la piel de gallina. En cada poro un pelo.

—Hombre, don Atilano, ¿también a estas horas?

—¿Está don Luis?

La pregunta es tonta. Si don Luis no estuviera, no estaría Bermúdez, ni Maturano, ni el Jefe Superior siquiera. Está, como un imán. El Jefe Superior se ha expresado mal: ha querido decir si su excelencia está disponible, si está solo, si está manejable. El Jefe Superior y Maturano han estudiado juntos y se entienden. Maturano se encoge de hombros. Espera una confidencia. No le llega.

Y tiene un vago presentimiento. Como un miedo, como un fantasma. Entre una pregunta y un encogimiento de hombros pueden pasar muchas cosas. Asunto importante. El responsable del orden público despacha por la mañana. Y tiene teléfono directo. Y está aquí, esperando, con el vaho del miedo rodeándole la cabeza.

El despacho es más pequeño, es antesala. El secretario de su excelencia no necesita ser ostentoso. Su antecesor criba, él diezma y además tiembla. Su excelencia suele tener mal humor.

—¿No trae papeles?

El Jefe Superior se toca la cabeza. Allí está todo. En el fondo, los dos tienen ganas de terminar. Pero se obligan a la comedia. A veces, es una pena detener la línea que pasa por dos puntos.

—Bueno, supongo... —comienza a decir Maturano. Pero se detiene, piensa un rato y se decide. Se endereza la corbata y abandona la estancia.

Vuelve en seguida. Su cara es reflejo del interrogante que allá adentro se han formulado. Pero es discreto. El asunto ya no le incumbe; pasó de la criba y pasó del diezmo. Introduce.

El despacho es grande. Frescos de Lucas Jordán en el techo, cuadros de Madrazo y López en las paredes; porcelanas del Buen Retiro encima de consolas ventrudas; damasco amarillo en los vanos, sillones color oro viejo. Y una mesa de jaspe. La caja de caudales, sin embargo, es novísima. Está siempre cerrada. El visitante la ha visto siempre cerrada.

Su excelencia es un hombre difícil. Militar antiguo, valiente, medalla militar individual ganada en África, tiene casi desde nacimiento el hábito de mandar hombres. Debe andar por los cincuenta años, quizá más. Es general. El Jefe Superior es sólo Coronel de un Instituto Armado.

—Bien, ¿qué quiere usted? —dice el general.

—Excelencia, he tenido algunas confidencias que creo imprescindible conozca.

—Me molestan esas cosas. ¿Para qué cree que le tengo a usted?

El general sólo lleva dos años en el cargo y no ha tenido tiempo de ser dúctil.

Incluso, quizá no lo sea nunca. Odia a Talleyrand, desprecia a los Aviraneta, se encocora ante los gastos secretos. Por eso ha sido difícil, desde el principio, la aventura de las nueve de la noche.

—Excelencia, se prepara un atentado —dice el Jefe Superior, bruscamente.

Interesado, el general levanta la cabeza. Grandes bolsas le cuelgan bajo los ojos. La cruda luz de la lámpara no admite la piedad. El duro ánimo del militar tiene la carne blanda. Es la blandura de la edad, del trabajo, del caserón isabelino obligando a la discreción.

—Paparruchas —dice el general, no convencido de lo que dice.

El Jefe Superior asiente mecánicamente. Está contento porque ha logrado interesar a su excelencia. Pero sabe que lo peor no ha llegado. Ni siquiera sabe si podrá llegar.

—Bien; dígame algo más.

—Contra usted, excelencia.

El Jefe Superior quisiera sentarse. El general nunca hace sentar a las visitas, sobre todo a las que, en el fondo, no admira. No admira al Jefe Superior de Policía ni a la Policía. La cree necesaria, pero sucia; insustituible, pero contaminada. Los polizontes son otro mundo, otra función, casi escatológica. El Sólo Coronel Sualdea, cuyo cargo es político, conoce perfectamente esa predisposición. Pero le molesta que la identifiquen con él. Aunque con menor rigor, se considera un militar, como el gobernador civil.

Pensando en ello casi pierde la leve transformación que sufre el rostro de su excelencia. Apenas alcanza ver un chispazo de ironía en los ojos cansados y una leve mueca en los labios excelentísimos. Le irrita. Quisiera trasladar a otros hombres el pesado halo del miedo que lleva.

—Ustedes, los policías, siempre están viendo fantasmas. Su obligación es pensar mal de todo el mundo.

El gobernador no debiera hablar de aquella manera. Está siendo injusto.

El gobernador es el primero en encrespase cuando no se le pueden dar las noticias que exige. Sin embargo, no se priva nunca de la pulla, del sarcasmo.

Bien, esto es una letrina y nosotros la limpiamos. ¿Quiere usted que nos marchemos a casa? ¿Quiere usted que olamos a cera de confesonario? El general, de todas for-

mas, comprende que ha sido inconveniente y se disculpa con un gesto.

—¿Quiénes son esos locos? —dice.

—El grupo de acción de Federación Ibérica Proletaria.

—¿Pruebas...?

—Si las tuviera no habría caso —habla Sualdea—. Le traería a usted el atestado y al juez los detenidos. Son confidencias.

—No me interesan las confidencias. Le tengo a usted para recibirlas y comprobarlas.

—Ésta es digna de todo crédito. Me preocupa, créame, excelencia.

El gobernador se levanta y tras dar unos pasos vuelve a la mesa, quedando apoyado en ella. Habla.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

Don Atilano Sualdea le dirige una media sonrisa, mitad con irritación, mitad con desinterés.

—Tengo miedo —dice.

—Muy bien.

—Y quiero que lo tenga usted.

El general salta, asombrado. No conoce al hombre que tiene delante. Es nuevo.

—¿Está usted loco?

—Tiene usted que protegerse —dice el Jefe Superior.

—Protéjame usted —replica el gobernador, muy lógicamente.

Tácitamente, el militar policía Sualdea está llevando la conversación al punto que le interesa. Pero tiene miedo para el paso siguiente. Aguarda.

—Eso haremos. Nos tiene que ayudar usted, mi general.

El bufido de su excelencia es bastante explícito. El Jefe Superior se siente defraudado. Incluso, por mimetismo, comienza a creer que su misión no tiene importancia. Lucha, denodadamente, contra esa impresión. El general no le ayuda. Es un militar y no puede ni siquiera aparentar la

sombra de una preocupación personal. Deberá hacerlo todo. ¿Cómo... ?

—La confidencia es importante. El último Pleno del Comité Nacional, a presión de los grupos de acción, ha decidido hallar un responsable a los muertos del día catorce.

Día catorce de junio. ¿Ley de Fugas...? El Jefe Superior no lo sabe, no es de su incumbencia el asunto; el gobernador, si lo sabe, no se responsabiliza. El informe que tiene en su mesa dice, taxativamente, que habiendo intentado fugarse los presos Daniel Montoro Juárez, Abelardo Imenso Díaz y Germinal Ossorio Diez, la fuerza pública se vio obligada a hacer fuego, matándoles. Es la verdad que debe respaldar.

—No hemos identificado todavía a los hombres elegidos. Por eso mismo estoy preocupado —insiste Sualdea.

—Es mentira. No hay Ley de Fugas.

—Cierto, mi general.

Su excelencia, como si por primera vez viera a su interlocutor, le espeta.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Váyase!

Sorprendido el Jefe Superior, insiste:

—Es necesario que tome precauciones, mi general.

Su excelencia se encrespa:

—¿Quiere usted que me meta debajo de la cama? ¿Quiere usted que renuncie y me vaya al pueblo? ¿Quiere usted que pida perdón a los federados.

El Jefe Superior de Policía empieza a encontrar el hueso de su misión.

—No digo tanto. Acepte usted una escolta.

—¿E ir todo el santo día con los esbirros en los talones? Tanto se me da eso como el ir con un letrado que diga: «Llevo policías que me cuidan». No, gracias; no quiero escoltas. Y le prohíbo terminantemente me la ponga sin autorización. Le va a usted en ella la destitución fulminante.

—Sin embargo...

—No hay sin embargos. Hemos acabado. Si usted cree en sus confidentes, y debe creer para justificar sus gastos, allá usted. Pero no me distraiga con los bajos fondos de su misión.

El gobernador sabe lo suficiente de la situación social de la provincia para no tomar a broma a los pistoleros de la Federación. Y aunque le tiembla la voz, no es el miedo, ni la posibilidad del miedo. En primer lugar, no cree merecer la amenaza. Está siendo duro, pero objetivo. Puede castigar, pero nunca odiar.

Y el Jefe Superior, que ha visto días atrás a un subordinado con un balazo entre las cejas, cree lo contrario. Cree, ante todo, que las balas no razonan.

—Prométame... —empieza y no termina.

—No le prometo nada.

El Jefe Superior comprende que se ha equivocado. Hubiera sido mejor callar y hacer. Obrar como un deber más del cargo, no pulsar la evidencia. Si esperaba un aplauso, tiene lo contrario. Y queda un punto más.

—Existe un extremo...

—Termine de una vez —dice su excelencia.

—Calle de Santa Tecla, número veintitrés —dice Sualdea.

El gobernador se endereza como un fleje de acero. Y después se inclina. Se produce lo inesperado. El duro y orgulloso milite es un hombre cansado. Un hombre... Y el Jefe Superior se siente, ahora de verdad, buceador de pozos negros. El secreto del acerado hombre público le está pesando horriblemente, porque está comprendiendo la necesidad de quitarse de encima el cargo algunas veces y ser, sencillamente, hombre.

Los ojos del general, sin ira, le miran.

—Váyase.

El Jefe Superior obedece. Se inclina, hace chocar sus talones y se vuelve. Atraviesa el salón. Todavía, mientras cie-

rra la puerta, ve de refilón a su excelencia, que busca a tientas un lugar donde dejar caer su humanidad.

Maturano le espera. Maturano cree que es la última visita y que cinco minutos más tarde estará en la calle. Lo evidencia de tal modo que don Atilano no se atreve a decirle lo que adivina: que tiene todavía para dos horas, que quizá no se acueste en toda la noche. No se atreve, tampoco, porque es posible que su excelencia se asome por la puerta y eso es más de lo que puede resistir por esta noche.

—Ya hablaré con usted —dice el Jefe Superior.

—Cuando quiera —dice el otro.

Tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan, tan... El reloj embutido en las amplias faldas pompadour de una damisela le indica al amante que está a sus pies de porcelana que son las diez, que se levante, que puede venir el marido. El aviso lo recoge el Jefe Superior, porque el otro no despierta.

Al cruzar el antedespacho, el secretario del secretario se rezaga intentando acompañarle a la puerta. Un ordenanza dormita en el pasillo. Silencio, escalera de honor con veinticinco peldaños. Y en la calle, la húmeda noche de otoño.

Con los hombres...

1

Julio Mandarino tabalea los dedos sobre la mesa. Estrella, cometa, planeta, órbita. Los dedos son metrónomo o no son nada. Lo que importa es el libro. ¿Quién tiene el libro? Mandarino hace una seña al mostrador.

—Más vino —dice.

Conoce al tabernero y el tabernero le conoce. El tabernero, hace años, obedecía igualmente órdenes extrañas. Órdenes parecidas a aquélla: «Piccardo te conoce a ti. Tú conocerás al estudiante. Fíjate. Lleva un libro de Kropotkin».

—Mandarino quiere vino —murmura.

Y como le hace gracia, se ríe. La taberna es grande, con pretensiones de café. El dueño quiere adecentarla, seguro. Al dueño ya no le satisface que la policía haga redadas.

—¿Cómo está la gallega? —pregunta Mandarino al que le sirve.

—Está bien.

—Yo quiero establecerme. Pero en Francia. Me han dicho que en Francia se bebe dos litros diarios por persona. Figúrate.

—Me lo Figuro.

El tabernero se marcha. ¿Dónde está el libro? Mal tiempo hace, malo.

Hoy hace viento, mañana lloverá. O al contrario. Un día sí y otro no, como las Fiebres.

Julio Mandarino gusta poco de los misterios. Los llama cuentos. Los cuentos que se traen los de la Federación pa-

ra complicar las cosas, como si fuera necesario. Mandarino alza su vaso y bebe. El otoño está comenzando y tiene días radiantes y días desapacibles, aunque, la verdad, Julio Mandarino rara vez tiene la ocurrencia de mirar al cielo. Se da cuenta de que llueve cuando se le ensucian los zapatos.

Mandarino, atildado, se acuerda de los zapatos. Están empañados. Busca un limpiabotas. Hay uno, pero está ocupado. A las señas, dice que bueno, pero que después.

El tabernero, mientras, a su espalda, dice:

—La policía visita esta santa casa.

—No será santa, entonces —dice Mandarino.

—Como la tuya —retruca, molesto, el tabernero.

—Yo no tengo casa. Lucho por la libertad y no la tengo.

—¡Venga, que nos conocemos! —gruñe, irritado, el otro.

Mandarino sonrío. Goza. Conoce el paño. Los que han sido cocineros luego no quieren ni ver la cocina. Y el tipo debió ser de los buenos, puesto que las huele así...

Un muchacho, de pelo negro y alborotado, acaba de entrar y busca sitio entre las mesas. Lo encuentra. Es día laboral y las mesas esperan. Se sienta. Tira un libro sobre el mármol y mira en derredor. Mandarino observa. Le corresponde hacerse notar, con arte y experiencia, como mandan los cánones. Pero está cansado del cuento y toma por la directa. Con el vaso en la mano se acerca al muchacho.

—Un libro... ¿Me lo dejas, compañero?

El joven trata de retenerlo, pero no lo consigue. Mandarino mira la tapa, lo sopesa en la mano, lo deja que se abra, lee algo y lo vuelve a cerrar. Se sienta junto al muchacho.

—Me llamo Mandarino —dice.

Los ojos del otro dicen bien a las claras lo que opina sobre la heterodoxa actitud de Mandarino. Julio, sin ambages, recita: «En lo venidero, cuando algún hombre deba decir algo útil, alguna palabra superior a las ideas de su tiempo, no buscará un editor que se digne adelantar el capital. Buscará colaboradores entre los que conozcan el ofi-

cio y hayan comprendido el alcance de la nueva obra, y juntos publicarán el libro o el periódico...»

Viendo que el otro calla, dice compungido:

—¿No lo hice bien, compañero? ¡Con el trabajo que me costó aprenderlo!

—Debes tener más cuidado —contesta, por fin, el otro.

—¡Bah! ¿Cómo te llamas?

—Largo Serena.

Mandarino termina de apurar su vaso y hace señas al tabernero.

—Mi nombre es Julio —dice.

—Y el mío, ya te digo, Largo.

Julio Mandarino considera la cuestión. Serena, que ya está cansado de explicar la cosa, lo hace una vez más.

—San Largo es el día ocho de agosto.

—Pues nos vamos a divertir contigo —murmura Julio.

Serena, inquieto, observa a su interlocutor. Concuerta, desde luego, pero esperaba algo menos rudo. Mandarino, en éstas, pega un puñetazo en la mesa.

Y declama:

—Largo Serena en escena.

—¿Qué dices, compañero?

—Nada. No te preocupes.

Se acerca el tabernero con su ya familiar gesto de enfado. Pasa la bayeta con evidente mala gana. Mandarino le punza la barriga con un dedo.

—Hidropesía —dice.

—Tranquilidad —enmienda el otro.

Largo Serena pide café. Mandarino debe marcharse, lo sabe; pero no tiene ganas. Informa:

—Calle Jardines, pensión en el número ocho. Ve en seguida.

Largo Serena memoriza, repite. Hasta las cosas más sencillas se olvidan.

—Bueno —dice, cuando está seguro de recordar.

—Me voy —anuncia Mandarino—. ¿Tardarás?